

Amor á los insurgentes
 Guardaba en secreto su alma;
 Así, cuando Garcilaso
 Le dijo: "Vuestra Acordada
 "Sígame;" puso pretextos,
 Y en su mision se encerraba,
 Rechazando los mandatos,
 Repeliendo las instancias,
 Encendiendo fieros odios
 En el jefe de las armas,
 Que temiendo su prestigio,
 Rabioso disimulaba.
 "Ved lo que haceis, don Francisco,"
 Dijo, con voz alterada
 Garcilaso "Ya lo he visto,"
 Respondió sonriendo Ayala.
 Garcilaso era valiente,
 El otro no teme á nada:
 Cual movidos por resorte
 Los dos se vuelven la espalda;
 El uno á su puesto vuelve
 Llamando en su auxilio infamias,
 Para al rencor que le inquieta
 Quitar sagaz toda traba,
 Y á sus jefes y vecinos
 Su conferencia delata.
 Don Francisco, descuidado,
 Entra gozoso en su casa,

Donde contenta le espera
 Su esposa, que le idolatra,
 Y do traviesos sus hijos
 De sus rodillas se abrazan.
 Y como tras bello arcoíris
 Nubes pavorosas se alzan,
 Así, en presencia del cuadro
 De la familia de Ayala,
 Nacieron presentimientos
 Oscureciéndole el alma.

SEGUNDO ROMANCE DE AYALA.

I

“Pasad, pasad, caballeros,
“Tomad asiento en mi mesa,
“Que son buenos los manjares
“Cuando es buena la apetencia.”
Tal dijo Francisco Ayala
A dos que están á la puerta
De la chocilla de paja
Que es do *Mapaxtlan* le alberga.
La esposa de pié se pone,
Los unos asombro muestran,
Los extraños se dirigen
Unas miradas siniestras,
Y el uno lanza un silbido
Que sirve de contraseña.

II

El Comandante Moreno,
 Vencedor en Xalmolonga,
 Encontróse en un cadáver
 Que destrozaron sus tropas,
 Cartas para Ignacio Ayala,
 Ya conocido patriota;
 Y conservando del nombre
 Sólo confusa memoria,
 Segun como Garcilaso
 Le habló en sus últimas notas,
 A Mapaxtlan se dirige
 Embriagado por la cólera.
 Se embosca, y como sabemos,
 Manda á Ayala dos personas
 La contraseña se escucha,
 Rompen el fuego las tropas;
 Las balas que penetraban
 En la deleznable choza,
 Silban, doquier alcanzando,
 Rompen el seno á la esposa
 De Ayala, que agonizante
 En sangre propia se ahoga.
 Levántase éste furioso,
 Amartilla sus pistolas,
 Y hollando, de rabia ciego

A lo que más ciego adora,
 Embiste, mata, rechaza,
 Empuja y dispersa la ola
 De destruccion y matanza
 De la canalla traidora.
 Al punto que se retiran,
 Ayala en su corcel monta
 Y desaparece, dejando
 Silencio, terror y sombras.
 Los de Moreno resuelven
 Ponerle fuego á la choza,
 Y huyen, temiendo regrese
 Don Francisco con sus tropas,
 Mientras se oye entre las llamas
 Gemir á la herida esposa.

En castillo inexpugnable,
 En invencible castillo
 Se ha tornado la iglesita
 Del risueño Nenecuilco,
 Que entre árboles se divisa
 A la orilla del camino
 De do á Mapaxtlan se mira
 De sementeras circuido.
 Allí resuelto esperaba
 A Moreno don Francisco
 Ayala, con catorce hombres
 Y sus dos valientes hijos.

Eran más de cuatrocientos
 Los feroces enemigos,
 Que embisten, como jauría
 De mastines atrevidos,
 Al noble toro que, inmóvil,
 Y silencioso y erguido,
 Les desprecia si están léjos,
 De cerca les da castigo.
 Garcilaso, que á Moreno
 Con los suyos se ha reunido,
 Se enronquece frente al templo
 Dando del asalto gritos;
 Mas, como se desbarata
 Contra el muro el torbellino,
 Y como los chorros de agua
 Se rompen formando rios
 Al chocar contra las peñas
 En desordenados giros,
 Así mira á los serviles
 La iglesia de Nenecuilco,
 Perdiendo con cada empuje
 Parte del bélico brío.
 Así dolientes cruzaron
 Horas diez por aquel sitio,
 Dejando espanto en el aire
 Y el suelo de sangre tinto,
 Cuando, al fin, desesperado,
 Y resuelto, y decidido,

A terminar con la muerte
 De los suyos el suplicio,
 Como el leon acosado
 En su guarida, con ímpetu
 Va á abandonarla, y lo anuncian
 Su embestida y sus rugidos,
 Resuelto Ayala les grita:
 "Ya salgo, esperad, bandidos,"
 Y se presenta tan grande,
 Tan audaz, tan decidido,
 Como cuando entre las rocas
 Suele saltar de improviso
 Como ráfaga la llama
 Del volcan enfurecido,
 Imperando incontenible
 Y anunciando el exterminio.
 Los serviles, que esto vieron,
 Se ahuyentan despavoridos,
 Alas dándoles el miedo,
 Espantados de sí mismos,
 Estorbándoles el cuerpo,
 Queriendo volverse espíritus.

Y Ayala, con sus valièntes
 Y en medio de sus dos hijos,
 Marcha en busca de Morelos,
 Quien le recibe benigno.

ROMANCE DE AYALA Y SUS DOS HIJOS.

En apartado aposento
De la hacienda de Temilpa,
En limpio catre de lona
Y tras de blancas cortinas,
Está don Francisco Ayala
Presa de fiebre maligna,
Luchando por levantarse
Para perseguir realistas.
Al verle mudo é inerte,
¿Quién pensara, quién diría
Que era el mismo que treméndo
Blandió su espada temida
En Mapaxtlan, destrozando
A las fuerzas enemigas?
¿Quién que era el rayo terrible
Que en Nenecuilco teñida

Dejó en sangre la vereda
 Que le abrió su espada invicta?
 Triste se halla y silencioso,
 Con dos hijos que le cuidan,
 Y con cuatro amigos fieles
 Que componen su familia.
 De pronto se abre una puerta,
 Y una voz despavorida,
 Con tono inquieto de alarma
 Y muy temblorosa grita:
 "Alto, señor don Francisco,
 "Señor don Francisco, arriba,
 "Que aquí llegan los de Armijo
 "Sedientos de vuestra vida,
 "Como el Cura Matamoros
 "Os trasmitió la noticia."
 Don Francisco, levantando
 La cabeza, en voz tranquila,
 "Bien, aquí los esperamos,"
 Indiferente replica
 Y se viste, y sosegado
 Por una ventana mira.
 "¡Hola! vienen los de Armijo
 "Con infernal vocería."
 Ayala cierra las puertas,
 Las refuerza y fortifica,
 Y denodado y ardiente
 Para la lucha se alista.

Corriendo llega la tropa,
 A España gritando vivas,
 Y la lucha que comienza
 Por momentos se encarniza.
 Vése Ayala, cual leona
 Con sus cachorros, y herida,
 Presa de feroz jauría,
 Que acomete y se retira,
 Dejando rastros de sangre
 Tras de cada tentativa.
 Ayala mira á sus plantas,
 Luchando con la agonía,
 Dos de sus fieles amigos
 Que quieren luchar y espiran.
 La furia crece, las puertas
 Crujen, despidiendo astillas;
 Ayala alienta á sus hijos,
 Y fijándoles la vista,
 Advierte que con su sangre
 Ambos perdieron las vidas.
 A ellos apunta furioso,
 Sólo un amigo tenia,
 Y se levantaba erguido,
 Como en bravo mar se mira
 Alzándose la bandera
 De una nave ya perdida.
 Por fin, queda solo Ayala,
 Y así temerario lidia.

Falta á sus armas el parque;
 La espada empuña con ira
 En esto ceden las puertas,
 La tropa se precipita,
 Y al héroe ciñen cordeles,
 Le ultrajan y martirizan.
 Armijo marcha contento
 Con una presa tan rica,
 Y de San Juan en el pueblo
 Que con Yautepec colinda,
 Tras de belicosa farsa
 Al prisionero fusila,
 Y manda que su cabeza
 Quede á un árbol suspendida,
 Y tambien las de sus hijos
 Que le forman compañía.
 Y así, al resoplar el viento,
 Las cabezas se movian
 Cual buscándose; las gentes
 Abandonaban la via,
 Signándose, y maldiciendo
 A los feroces realistas.

ROMANCE DE CALLEJA.

Levantado el emboce,
 Gacha la oreja,
 En un coche cerrado
 Marcha Calleja.
 Redoblan los tambores,
 Tocaban trompetas,
 Seis ébrios gritan ¡vivas!
 A su excelencia.

Como forzada sonrisa
 Cuando la cólera ciega;
 Como sobrepuesto encaje
 Sobre de una piel con lepra;
 Como en un lecho de muerte
 Regadas rosas y adelfas,
 Tal México desdeñoso,
 Así México contempla.

Tras los sucesos de Cuautla
 Esta entrada de Calleja.
 En vano el Gobierno quiere
 Encubrir las grandes pérdidas,
 Pues por doquier se señalan,
 Que fueron mal encubiertas,
 Y el pueblo, que las conoce,
 A gritos las enumera,
 Y luego clama en voz baja
 Con burlona cantaleta:

*Levantado el emboce,
 Gacha la oreja,
 En un coche cerrado
 Marcha Calleja, etc.*

Dicen que los granaderos,
 A pesar de su soberbia,
 Con don Ciriaco del Llano
 Fueron á esconder en Puebla
 De las tundas de Morelos
 Los desastres y vergüenzas.
 En la entrada figuraron
 Los soldados de Lobera,
 Recien llegados de España,
 Cerreros y oliendo á brea.
 Viene allí una culebrina
 Como trofeo de guerra,

Que era de Porlier querida
 Y llamaban *boca chueca*,
 Que si á la diestra apuntaba,
 Heria por la siniestra,
 Y que la plebe, al mirarla,
 Armaba jácara y gresca,
 Y más cuando le mostraban
 Al furibundo Calleja.
 Y repetia burlona
 La letrilla picaresca
 Que pífanos demandaba
 Reclamando castañuelas:

*Levantado el emboce,
 Gacha la oreja,
 En un coche cerrado
 Marcha Calleja.
 Redoblan los tambores
 Y las trompetas;
 Seis ébrios gritan ¡vivas!
 A su excelencia.*

Mas lo que choca en la farsa
 Y odio profundo despierta,
 Es mirar entre las cargas
 Y los despojos de guerra,
 Preso á don Leonardo Bravo,
 Sorprendido en una hacienda,

Donde demandando auxilio,
 Torturas halló y afrentas.
 Le visten de mojiganga
 Para que así se escarnezca,
 Y un personaje . . . muy alto,
 A quien la Historia no mienta,
 Va sofrenando el caballo,
 Ni un instante á Bravo deja,
 Lanzándole, vil, injurias,
 Que los soldados celebran.
 En revancha, los patriotas,
 Con su venerable flema,
 Repetían la letrilla
 Con que el romance comienza,
 Y que llenaba de gozo
 El corazón de Venegas:

*Levantado el emboce,
 Gacha la oreja,
 En un coche cerrado
 Marcha Calleja, etc.*

Este suceso desata
 Entre Calleja y Venegas,
 Aquella enconosa lucha,
 Aquella pérfida guerra
 Que atravesando los mares
 Le dió el Gobierno á Calleja.

ROMANCE DE LOS INDIOS DE MEXCALA.

—

En medio al mar de Chapala,
 Mar olvidado en la tierra,
 Mar huérfano, coronado
 De pueblos y sementeras,
 Está la isla de Mexcala,
 Tan graciosa y tan esbelta
 Como la fábula pinta
 Las seductoras Nereidas.
 Si la acarician las brisas,
 Las blandas olas la besan,
 Y orgullosa se levanta
 Dominando las tormentas,
 Desde su peana de rocas
 Que entre las olas descuella.
 Allí, á su modo, los indios
 Proclaman su independencia,

Y á sus fieros opresores
 Invencibles escarmientan.
 Herido Cruz en su orgullo,
 En Guadalajara ordena
 Que á los indios mexcaleros
 Se haga furibunda guerra.
 Ya se disponen valientes,
 Ya embarcaciones se aprestan,
 Ya el estampido del trueno
 Horror y venganzas siembra.
 Linares surca las aguas,
 Frente de Mexcala llegan,
 Y la isla triste, de pronto
 Se mira como desierta;
 Mas de repente, en las aguas
 Voces humanas resuenan,
 Y canoas numerosas
 Que van de gente repletas,
 A las tropas españolas
 Anonadan y escarmientan.
 Tíñese de sangre el agua,
 La horrible matanza arrecia,
 Y cuando alumbra un sol nuevo,
 No halla del desastre huella.
 Cruz, que supo la derrota,
 Brama como herida fiera,
 Y un papel manda á los indios
 Que es de muerte su sentencia:

Allí les reprocha airado,
 Allí amaga, allí condena,
 Y concluye con decirles,
 En ira ardiendo y soberbia:
 "Si no os sometéis humildes,
 "Si me negáis obediencia,
 "Veréis correr mucha sangre,
 "Y esa será sangre vuestra."
 Atentos oyen los indios
 La filípica tremenda,
 E instados á que respondan,
 El que la palabra lleva
 Responde con grande calma
 Y con expedita lengua:
 "*Señor, que corra la sangre,*
 "*Al fin y al cabo es la nuestra.*"

ROMANCE DEL JURAMENTO DE LA CONSTITUCION.

A su fin toca Setiembre,
Y el siglo doce años cuenta;
El Virey está en Palacio
De rigurosa etiqueta,
De gala el Ayuntamiento,
Y junto al Virey la Audiencia.
Dosel de púrpura y oro
Domina en la cabecera
Del salon, y majestuoso,
Bajo del dosel se ostenta
El retrato del monarca,
Exigiendo reverencia.
A su frente, un Crucifijo
Se está viendo entre dos velas,
Y un gran libro, con sus hojas
Con estudio medio abiertas.